

# El placer del texto y el placer del sexo. Una mirada sobre el campo de efectos de la ley nacional de educación sexual integral

---

Facundo Boccardi\*

**Resumen:** El presente artículo recorre el campo de efectos abierto en el discurso pedagógico por la sanción de la ley nacional de educación sexual integral en Argentina. Con el objetivo de transitar este campo de efectos, se recurre a la figura de Roland Barthes y se trazan las líneas de sentido que han interpelado y que interpelan el discurso pedagógico. Al poner en relación fragmentos del texto barthesiano con el aparato discursivo de una zona específica del campo de la pedagogía, se aprovechan las tensiones que marcaron la conexión establecida en una tradición de la didáctica de la literatura, para entramar sentidos en el terreno espinoso de la sexualidad. Este desplazamiento desde la didáctica de la literatura hacia la educación sexual integral toma como punto de partida las grietas que ha provocado la apropiación de Roland Barthes por el dispositivo didáctico. Desde allí, el artículo propone una expansión que transita distintos textos del autor, con el objetivo de trazar una cartografía parcial que recorra los espacios situados en la vieja encrucijada del sexo y la pedagogía; y procure comprenderlos en el horizonte actual de la ley de educación sexual integral. **Palabras clave:** Educación Sexual Integral – Roland Barthes – Placer – Goce – Sexualidad

**Abstract:** This article deals with the open-field effects in pedagogical discourse on the adoption of the national law of comprehensive sex education in Argentina. In order to cover this field effects, we use the figure of Roland Barthes and trace the lines of meaning that have challenged and that challenge the pedagogical discourse. By linking the text fragments in Barthes discursive apparatus in a specific area of the field of pedagogy, exploit the tensions that marked the connection established a tradition of teaching literature to rasterize the thorny ways of sexuality. This shift from the teaching of literature to comprehensive sexuality education takes as its starting point the cracks that caused the appropriation of Roland Barthes in the training device. From there, the article proposes an expansion that author's travels different texts in order to draw a partial mapping that loops through spaces in the old crossroads of sex and education and try to understand in the current horizon of the comprehensive sex education law. **Key words:** Comprehensive Sex Education – Roland Barthes – Pleasure – Enjoyment – Sexuality

¿Qué sucede con la sexualidad cuando profesoras y profesores que trabajan en el currículum de la escuela comienzan a discutir sus significados? ¿Será que la sexualidad cambia la manera como la

---

\* Lic. en Letras Modernas actualmente cursa el Doctorado en Semiótica en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba e integra el proyecto de investigación “Géneros y sexualidades: estrategias identitarias en los lenguajes contemporáneos” radicado en la misma institución. En ese marco, desarrolla una investigación acerca de los discursos de la sexualidad que circulan en los dispositivos de formación docente en educación sexual integral, financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

profesora y el profesor deben enseñar? ¿O será que la sexualidad debería ser enseñada exactamente de la misma forma que cualquier otra materia? ¿Cuando los profesores piensan sobre la sexualidad, qué es lo que piensan? ¿Qué tipo de conocimiento podría ser útil para su pensamiento? ¿Existe una posición particular que se debería asumir cuando se trabaja con el conocimiento de la sexualidad? ¿Cuáles son las relaciones entre nuestro contenido pedagógico y las interacciones que tenemos con las alumnas y los alumnos?

**Deborah Britzman**

Hablar del placer tiene un valor táctico

**Roland Barthes**

## 1. Introducción

En octubre de 2006, el Senado y la Cámara de Diputados de la Nación Argentina sancionan la ley nacional de Educación Sexual Integral (26.150). Esta ley interpela a las escuelas de todas las jurisdicciones del territorio argentino, con el objeto de obligarlas a implementar la educación sexual integral y, a su vez, incide en la propia configuración de la identidad profesional docente: todo educador será, también, un educador sexual.<sup>1</sup>

Los efectos de la ley no son ni directos, ni inmediatos ni unidireccionales. No podemos prever ni codificar sus alcances, sin embargo consideramos que es posible trazar los contornos de aquellos movimientos que suscita. Para ello, no emprenderemos una lectura analítica que mida con rigidez categórica las huellas materiales de la implementación, sino que transcribiremos el registro de una

<sup>1</sup> Los enunciados de la ley operan, en este punto, retrospectivamente, ya que la interpelación que producen configura a los docentes como educadores sexuales no sólo a partir de la sanción y su correlativa implementación en las aulas, sino desde siempre. Una indagación de los materiales didácticos producidos por el Programa Nacional de Educación Sexual Integral que crea la ley podría rastrear las marcas textuales de esta resignificación temporal de la identidad docente que acompaña a la resignificación de la educación en tanto tal.

<sup>2</sup> Pensamos que ensayar esta mirada nos permitirá percibir algunas modulaciones del campo de efectos de esta ley más allá de las restricciones propias de las tradiciones del discurso pedagógico institucionalmente hegemónico. Desde nuestra perspectiva, la emergencia de la educación sexual integral debe ser leída necesariamente en un contexto más complejo que aquel que determina la consistencia inmediata de su legibilidad pública. Sostenemos que la ley de educación sexual integral articula su aparato signifiicante en un entramado discursivo signado por la crisis de la teoría del sujeto de la educación. El sujeto racional, crítico, consciente y emancipado de la teoría educacional moderna no (siempre) es citada como un lugar estable capaz de sostener los sentidos de las prácticas pedagógicas de la sexualidad. La aparente solidez de la consigna que había ocupado el centro del discurso educativo puede ser puesta en entredicho. El cuestionamiento del sujeto centrado, unificado y homogéneo de la tradición humanista muestra las fallas de la repetición autoevidente de la “formación de consciencia crítica”.

mirada oblicua.<sup>2</sup> El objeto que utilizaremos para mirar será la obra<sup>3</sup> del semiólogo francés Roland Barthes. No se tratará de una lectura enciclopedista ni de una aplicación instrumental de categorías barthesianas a una materia inerte. Nuestro objetivo, a lo largo de este trabajo, es fabricar un ensamblaje textual recurriendo a los enunciados de este autor francés, pensando en algunas instancias de recepción situadas y ampliando sus límites hasta la confusión en el horizonte de sentido abierto por la ley de educación sexual integral.

### *1.1. Roland Barthes un hedonista noventoso*

La década de los 90 en Argentina fue particularmente larga. Fue un tiempo de transformaciones vertiginosas cuyos efectos aún pueden reconocerse en nuestra actualidad. En esos años, un título de Roland Barthes suena con insistencia entre los docentes y los formadores de docentes, es escrito en las bibliografías y nombrado en las fundamentaciones de los cursos de formación docente, de las planificaciones y en los manuales de lengua y literatura. Se trata de *El placer del texto*, nombre de uno de los famosos textos que Barthes inscribió en su biografía.

Investigadores del campo de la didáctica de la literatura han sido interpelados por esta ocurrencia. Para Gustavo Bombini, por ejemplo, la enseñanza de la literatura en las escuelas ha sido hegemonizada en esa época, por lo que él la denomina “la pedagogía del placer” (1996). El objetivo de esta pedagogía sería la lectura por placer y la estrategia para alcanzarlo consistiría en elidir las barreras que anteriormente la escuela había colocado entre los lectores y los textos. Leer por placer significaría, entonces, leer en sí mismo, sin otro objetivo más que ese, sin las ataduras de la escolarización de los textos, sin análisis ni consignas.

No nos dedicaremos, en este trabajo, ni a poner a prueba, ni a demostrar, ni a denostar el funcionamiento de la pedagogía del placer en nuestras aulas o la evaluación que de ella realiza Bombini. Lo que suscita nuestra atención es la presencia de *El placer del texto* como título-frase que autoriza, legitima, dicha práctica o, al menos, su enunciación. Posiblemente, Bombini esté en lo cierto cuando sugiere que este texto ha sido leído “superficial” o “paratextualmente” por los/as impulsores/as de la pedagogía del placer. Incluso, quizá sea certera, también, la tesis de Mora Díaz Súnico (2005) que sostiene que la no lectura (o la lectura superficial, simplificadora, paratextual, fallida) del texto de Barthes produjo una inversión del texto: “(...) fue en el planteo más elitista de Barthes donde se leyó un camino asegurado a la democratización de la literatura” (2005: 27). Sin embargo, más allá de las “malas lecturas”, el punto que nos interpela es el llamado a Barthes en nombre del placer y la desescolarización (desdisciplinamiento). Liberalización, desregulación propias, tal vez, de nuestra cultura de los noventa.

<sup>3</sup> Si bien utilizamos el término “obra”, inmediatamente nos arrepentimos, ya que el término en su acepción cabal no puede sino decepcionarnos. Cerrar una totalidad en Roland Barthes es, desde nuestra perspectiva, imposible.

### 1.2. La falla del placer

Con el fin de demostrar la lectura fallida que la pedagogía de placer hizo de Barthes, Díaz Súnico (*ibídem*: 25) se sumerge en una lectura “exhaustiva”, “caótica pero posible”, de *El placer del texto*. La clave del texto, dice la autora, se encuentra en la diferencia entre placer y goce. Al principio, parecen sinónimos, pero más adelante sus significados se separan hasta conformar un par opositivo:

En resumen, el eje conductor del texto es la diferenciación entre dos formas de leer literatura que se basa en la distinción entre placer y goce. Si el placer es decible, formulable, si el sujeto puede hablar de su placer, el goce es indecible porque es un punto de fractura en el sujeto hablante. Entonces, como el placer se puede verbalizar se vincula con la cultura de masas, con sujetos que no reconocen el goce de la lectura, es decir, con la gente común que sólo disfruta de placeres gregarios (léase no intelectuales, no especialistas). En cambio, como el goce no puede ser verbalizado, queda restringido al ámbito intelectual, a los sujetos capaces de gustar de cierta cultura literaria porque tienen alguna formación específica, confiriéndole así un carácter individualista, separado y separador de las masas (*ibídem*: 27).

Esta lectura taxonómica, taxativa, del texto de Barthes persigue un doble objetivo. Por un lado, caricaturizar las operaciones de citas mediante las cuales la pedagogía de placer pretendía legitimarse; y por otro, citar una tradición de las ciencias sociales que califica a ciertos textos como “raros” o “extraños” y, por lo tanto, “improductivos” a la hora de pensar, programar, problematizar y diseñar “prácticas concretas” en el plano “material” de “lo social”. En este sentido, la institución educativa habría leído (o simulado leer), con aficiones populistas, un texto de la sublime aristocracia teórica. Así, la operación fallida de la pedagogía de placer que detecta Bombini y analiza Díaz Súnico traza, finalmente, una moraleja: *El placer del texto*, teoría exquisita de la lectura, no funciona, sin embargo, para pensar las prácticas mundanas de lectura en nuestras escuelas.

El presente trabajo parte, precisamente, de esa falla de lectura. Entendida en su dimensión material, consideramos que la falla de estos discursos de la educación abre un espacio para pensar con *El placer del texto* en prácticas escolares y en discursos de éstas. Nuestro foco ya no estará puesto en la lectura literaria, sino que recorrerá temas y problemas dispersos y abiertos por la emergencia de los discursos de la educación sexual en las escuelas. A diferencia de la pedagogía del placer, las pedagogías de la sexualidad no han citado *El placer del texto*, creemos que, su espesor complejo y fluctuante nos permitirá examinar intersticios abiertos entre las oscilaciones de los discursos de la educación sexual. Invocar, otra vez, al texto de Barthes nos permitirá experimentar con sus proposiciones vacilantes en un terreno, también movedizo, para el cual no fueron pensadas: trasladar *El placer del texto*, traslaparlo, tropezar, confundirlo entre las lenguas de la sexualidad que habla la educación.

## 2. La política

Aunque no lo hemos dicho claramente, el placer habita, ya sea como fetiche o como tabú, extensas tradiciones del pensamiento occidental. No nos detendremos en ellas, sin embargo no podemos dejar de citar una oposición clásica que ha funcionado, también, en los aparatos de lectura de *El placer del texto*. Se trata de una fórmula enunciada como puritanismo *versus* hedonismo y cuya articulación ha repetido la idea de que el placer le pertenece a las elites, a la oligarquía, a la derecha conservadora, mientras que en sus antípodas se ubica el compromiso, el método, el combate y el conocimiento propios de la izquierda revolucionaria.

En nuestro horizonte, el discurso racionalista biomédico, que hegemonizó la emergencia de la educación sexual en las agendas, trazó los contornos anatómicos del sexo y promulgó el conocimiento puro para desmitificar la ignorancia. Los discursos del placer, vedettes sexológicas de los últimos 20 años, no fueron convocados a este lanzamiento. De acuerdo con ello, rápidamente, repitiendo fórmulas, la escolarización del sexo podría ser pensada como un avance de la ciencia rigurosa sobre la sexualidad juvenil con el objeto de salvar vidas ante la amenaza mortal de la desinformación y el desconocimiento. La educación vendría aquí a poner reglas a unas prácticas desordenadas, peligrosas y mortales. ¿Prácticas de placer? Posiblemente.

Puritanismo *vs.* Hedonismo. Educación del sexo para prevenir males. Disciplinamiento de los cuerpos revoltosos que se pavonean por los pasillos. Educar, reglamentar, controlar, disciplinar, medicar, marcar reglas, trazar axiologías, establecer límites. Sucesión de términos que recorren una política de los cuerpos sexuados, deseantes y generizados que pueblan las aulas de nuestras escuelas. Estas articulaciones suponen la lógica de una intervención: un principio activo de regulación que se impone sobre una superficie y establece demarcaciones. Contra el hedonismo: legislación de los placeres insumisos, desobedientes, que ya están ahí.

Ahora bien, ni bien abrimos el texto adviene una figura que socava esta lógica de la ley y la transgresión que venimos ensayando. *El placer del texto* inicia con los trazos imaginarios de un personaje. Ficción de un individuo que neutraliza en sí mismo las barreras, las exclusiones, las clases; ficción de un individuo que se desembara de la contradicción lógica; ficción, en definitiva, de un ser abyecto, ininteligible y monstruoso. Ese individuo, ese contrahéroe, es, dice Barthes, “el lector del texto en el momento en que toma su placer” (2008: 12).

El placer aparece, en esta primera página, afuera de los principios reguladores, en la confusión y la contradicción de lenguas de una Babel feliz. La noción de placer no es colocada en un espacio de transgresión ni oposición a los principios represivos de la sociedad, sino que se desembara de ellos. No se opone, no transgrede, no declara la injusticia ni lucha contra ella, simplemente se ubica en el afuera de las regulaciones, de los principios, de las matrices de sentido. El placer, aquí, es la confusión en la ausencia de reglas, es el juego de lo imprevisto.

Veremos que el concepto de placer que despliega *El placer del texto* no es homogéneo; no es, quizás, ni si quiera un concepto. Incluso este movimiento de abyección no siempre es designado

con el mismo nombre. Lo que nos interpela en este punto del planteo de Barthes es la posibilidad de problematizar la concepción del placer como una superficie de inscripción. La posibilidad de suspender la ley, poner entre paréntesis momentáneamente sus principios para ensayar experimentos que se corren, tal vez milimétricamente, de la matriz hegemónica y dejan percibir su falla.

### 3. La textualidad del sexo

Barthes y Foucault coincidieron no solo en un cronotopo; frecuentaron, también, la misma feriente deconstrucción de la tópica represiva que colmaba los discursos de la sexualidad de aquella época. En los años setenta, las tácticas de ambos fueron diferentes. Para desmontar las lógicas arraigadas de la represión sexual, Foucault construyó dispositivos cuyos interruptores le permitieron visualizar los detalles del funcionamiento de las políticas destinadas a gestionar la vida. Barthes, en cambio, prefirió las interrupciones. Recorrer discursos ideológicos, críticos, contrai-deológicos e interrumpirlos, someterlos a la intermitencia de su textualidad. Éste, justamente, es el *modus operandi* de *El placer del texto*: un juego de interrupciones, una investigación disruptiva de la economía libidinal.

#### 3.1. Las interrupciones: placer y goce

Barthes elije un par: el placer y el goce, e inevitablemente reconoce los trazos psicoanalíticos de su economía. Sin embargo, se demora en el *entre*, en los intervalos de ese ritmo económico, para situar allí su teoría del texto. Este autor nos enseña a leer y a escribir (procesos difícilmente separables) con el cuerpo y en el cuerpo. Cuerpo libidinal que Barthes no sólo concibe como instrumento de percepción sino también, fundamentalmente, como campo de experiencia (Jameson, 1998).

El texto, entonces, aparece con la materialidad de lo escrito, lo leído, lo sufrido, lo olvidado, lo recordado, lo abolido, lo imposible. Texto de fluidos libidinales. Una intermitencia erótica que deja ver la vestimenta y la piel del lenguaje en el texto.

¿El lugar más erótico de un cuerpo no está acaso allí donde la vestimenta se abre? En la perversión (que es el régimen del placer textual) no hay “zonas erógenas” (expresión por otra parte bastante inoportuna); es la intermitencia, como bien lo ha dicho el psicoanálisis, la que es erótica: la de la piel que centellea entre dos piezas (el pantalón y el pulóver), entre dos bordes (la camisa entreabierta, el guante y la manga); es ese centelleo el que seduce, o mejor: la puesta en escena de una aparición-desaparición (Barthes, 2008: 21).

La vestimenta del placer recubre, vela y disimula la piel siempre salvaje, irrespetuosa, resplandeciente, indomesticada del goce. Se traza así una economía libidinal de los bordes, de las fronteras, situada en las aristas de quien teje y quien queda al desnudo en esta sexualidad tejida. Barthes plantea una textualidad del texto que recorre y recurre a los caracteres de lo cultural en su más propio

sentido y, por otro lado, a aquello que se escapa a toda clasificación en la pérdida de toda postura, en la atopía de todo sujeto. *Atopía* de un goce fragmentario que no puede ser emplazado, un afuera imposible e impronunciable que se resiste al lenguaje.

Debemos, aquí, interrumpir. ¿Cómo leer esta secuencia disruptiva desde las pedagogías del sexo? ¿Qué le está diciendo *El placer del texto* a la educación sexual? La cultura escolar exige palabras certeras y un discurso estable, monolítico, que no fluctúe en gradaciones de peligro. Lo esperable son las respuestas inmóviles que cubran las grietas de la curiosidad. Sin embargo, sabemos que en toda actuación pedagógica fluye, con distinta intensidad, una erótica. Y la erótica, precisamente, se despliega en la fisura, en una falla que se abre entre la desnudez y lo cubierto. Un juego de preguntas y respuestas dialógico, polifónico, que ensaya la forma de un juego de seducción. El flirteo, que Barthes amaba, puede ser aquí un aporte para pensar, otra vez, la educación sexual.

Barthes erotiza su texto. *El placer del texto* no es sino un fascinante juego de seducción. Barthes flirtea con el placer y el goce, con lo cultural y lo a-cultural. Polos de supuestas oposiciones que son probados y evocados en diversos dibujos de cada uno de ellos, intentando, así, dar definiciones, es decir: escolarizarlos. Pero, sin embargo, Barthes consigue que ninguna de ellas logre atraparlos. Este juego se mueve a un ritmo sinuoso, Barthes vacila: “*placer/goce*, en realidad tropiezo, me confundo” (2008: 12). Y en este titubeo parece trazarse una apuesta a la dialéctica del deseo que se extiende en la línea oblicua, asimétrica, que va del placer al goce. En esa dinámica que se puede hilvanar entre el placer y el goce, encontramos que de un lado se ubica el sentido, la sexualidad comunicable que puede habitar los discursos de la cultura. Se trata del placer que si bien satisface, contenta y colma las expectativas también, gratamente, puede excederlas. Del otro lado, está el goce. Es incómodo, indomesticable, anterior al lenguaje, no cultural. Pone en entredicho las educadas formas del sentido y se desliza hacia la ininteligibilidad del absurdo. Los textos de goce, dice Barthes, ponen en estado de pérdida, desacomodan. Ponen en jaque los valores, los gustos y las relaciones del lector con el lenguaje. Son textos imposibles, atópicos, cuyo deambular carece de clasificación ya que sólo les es propia la deriva.

La duda, la interrupción, la deriva, la captura tranquilizadora y el exceso perturbante que se escapa, son formas de una retórica, un pensamiento, cuya cadencia nos hace pensar en la educación sexual de las escuelas. Pensar la prevención, las ciencias del sexo y los protocolos sociales sin obturar la muerte, la curiosidad insaciable, el miedo profundo, el éxtasis conmovedor. Hablar de sexualidad, propender a la comprensión de dimensiones de la intimidad, pero a la vez prevenir la muerte de la curiosidad. Moverse en un conocimiento que no desconozca la abigarrada pasión por la ignorancia. Imaginar una educación no arrogante, no toda, que no exceptúe la deriva, las interrupciones, la vacilación, el miedo.

#### 4. Educación no toda: integralidad interrumpida

Una palabra parece erigirse en contra de este parpadeo erótico que nos tiene ocupados. Se trata de un adjetivo cargado con el deseo que fluye en nuestras teorías modernas del conocimiento. *Integral*, así se dice, se escribe y se repite este adjetivo que viene a rematar el sintagma *educación sexual integral*.

*Integral* se nos aparece con la fuerza de una marca diacrítica que funda, o pretende fundar, una diferencia irreductible en la historia de la educación sexual argentina. Allá, están las meramente educaciones sexuales. Acá, ahora, la educación sexual integral. Las primeras fueron o bien anatomistas, genitalistas, higienistas y eugenésicas, o bien silenciosas, amedrentadoras, temerosas y oscurantistas. La integral, en cambio, es íntegra, compleja, múltiples capas, aristas, dimensiones que componen un todo.

Con la intensidad taxativa de los grandes eventos, la educación sexual integral traza dos figuras que la preceden. La primera parece, ahora, desenterrada de algún momento perdido de la historia de la educación de nuestra especie. Un lugar oscuro donde la metáfora regía la educación del sexo. Las vicisitudes de la sexualidad humana no podían ser nombradas con palabras propias. Allí, entonces, la reproducción de las plantas, examinada con la pasión del *voyeur* y la precisión del escalpelo, condensaba el teatro sexual de lo humano.

Después, vino el SIDA con campañas de prevención y preservativos. La sexualidad fue encontrada bajo la sombra aciaga de los follajes y fue esclarecida. El lenguaje riguroso de la biomedicina desplegó sus códigos y supo capturar los genitales copulantes. Así, vio la luz un nuevo escenario donde la tragedia del sexo fue protagonizada por penes erectos y vaginas dilatadas.

La llegada de la integralidad a la educación sexual denuncia los trazos reductores de estas figuras. Para superarlos, la educación sexual se vuelve sadiana. La integralidad, entonces, implicará decirlo todo. Al igual que el marqués de Sade, se renegará de la metáfora, la alusión y la sugestión. El mandato que repiten los textos del pornógrafo será llevado a las aulas: someter el sexo al orden del lenguaje.

Sade, a lo largo de sus textos, procura agotar el sexo, acabarlo, llenar sus vacíos, esclarecer sus opacidades, volverlo, al fin, un todo inteligible. La fórmula que emplea es la misma de aquella matriz productiva que hoy conocemos como industria pornográfica. Su operación fundamental consiste en fragmentar, delimitar unidades, y articularlas con el rigor mecánico de un modo de producción. Barthes lo vio claramente, la máquina sexual de Sade no es sino una máquina lingüística.

Así se la fórmula del todo, de la integralidad del sexo. La imagen completa, codificada exhaustivamente sin dejar resto, elidiendo hasta los mínimos indicios de la inoportuna presencia de la falta. Nos encontramos, sin dudas, frente a una situación análoga a aquella que Barthes, cuando pensaba en fotografías, nombró como el *studium sin punctum*. La fotografía unaria, homogénea, que lo dice todo de una sola vez. Una unidad inmovible, una articulación perfecta sin fisuras (Cfr. Barthes, 2009: 76-78).



El problema que nos interpela es justamente la unidad de lo unario, es decir, la integralidad de lo íntegro. ¿Es posible una imagen que garantice su unidad? ¿Podrá el *studium* obturar para siempre la emergencia del *punctum*? ¿Puede tener lugar una unidad tal que no presente ninguna falla, que no sea jamás contaminada por la irrupción del *punctum*? ¿Es posible la saturación? ¿Se pueden llenar los cuerpos completamente? Precisamente, Sade se nos presenta, esta vez, en ese camino. El principio que orquesta su erótica es, punto por punto, el de la saturación de los cuerpos, el llenado material de toda su extensión.

Juliette, Olympe y Clairwil se encuentran con diez pescadores de Baia; como son tres, primero quedan satisfechos tres de estos pescadores, pero los que quedan se pelean; Juliette los tranquiliza demostrándoles que con un poco de arte cada una de las tres mujeres podrá ocupar a tres hombres (el décimo, agotado, se contentará con mirar). Este arte es el de la catálisis: consiste en saturar el cuerpo erótico ocupando simultáneamente los centros de su placer (la boca, el sexo, el ano) cada sujeto es colmado tres veces (en los dos sentidos de la palabra) (...) (Barthes, 1997: 151).

Barthes revela que este problema configurado exhaustivamente en los cuerpos es, esencialmente, el problema del lenguaje. Dirá Barthes, entonces, que el placer y el lenguaje tienen la misma estructura, y que la frase es un cuerpo que hay que catalizar, hay que llenarle los orificios con expansiones, incisos, subordinadas, determinantes y demás juguetes eróticos de la gramática. Barthes, gracias a Sade, lo vio con claridad, tal saturación es imposible:

(...) pues nada permite (estructuralmente) terminar una frase: siempre se le puede añadir un suplemento, que nunca será en realidad el último (esta *incertidumbre* de la frase hacía muy infeliz a Flaubert); de la misma forma, aunque Sade haya tratado de alargar sin cesar el inventario de los puntos eróticos, sabe bien que no puede cerrar el cuerpo amoroso, terminar la catálisis voluptuosa (perfeccionarla) y agotar la combinatoria de las unidades: siempre quedará un suplemento de demanda, de deseo, que se trata de colmar ilusoriamente, repitiendo o permutando las figuras (contabilidad de los 'tantos') o coronando la operación combinatoria (analítica por definición) con una sensación extática de continuidad, de cobertura, de perfusión (Barthes, 1997: 152).

En esta imposibilidad, en esta utopía, gana terreno el movimiento. Todo programa de integralidad pierde sus amarres certeros. Los horizontes de existencia de aquello que se postulaba íntegro se dispersan, se multiplican en los pliegues de la deriva. En fin, la imagen plana del *studium* se colma de grietas.

## 5. Lo obvio, lo obtuso, lo educado, lo sexuado

A Barthes, sin dudas, le gustaba jugar con oposiciones. Placer y goce, obvio y obtuso, *studium* y *punctum*. De un lado, siempre la estabilidad, el sentido, la identidad, la cultura. Del otro, la pérdida en todas sus formas: el movimiento constante, la fuga de sentido, la perturbación, el vacío. Siguiendo este juego, de un lado encontramos la pureza la educación tranquilizadora y, del otro, el sexo inquietante. Educación sexual, ya no como un sintagma cristalizado, sino como dos términos, dos límites en cuyo medio se trazan las líneas de espacio para que algo parpadee. Diferencias, discontinuidades irreductibles e inapropiables emergen con una fuerza incandescente.

Cabe volver, aquí, sobre un nombre que recorre *El placer del texto*: Bataille. Los movimientos y las irrupciones de la humanidad y, esencialmente, de toda energía terrestre fueron leídas por Bataille como una economía que insistía en el gasto por sobre toda ganancia. En este caso, se trataría de una perspectiva que está atravesada por el flujo que se traza entre el anclaje y la producción, por un lado, y la disipación, el gasto, la pérdida, del otro lado. Pero cuya materia o elemento no es la cosa sino simplemente el sentido. Aquí el placer y el satisfactorio encuentro de sentido. Aquí el goce y la desaparición, la insaciable pérdida de sentido. La inquietante creatividad del sinsentido. Si el placer es decible, el goce es indecible, interdicto, prohibido, remite a la mancha que penetra en la cultura para desgarrarla. En esta dinámica del sexo, que no se trata en ningún caso de un estado de cosas paralizadas, se deja traslucir una filosofía del sujeto que acentúa el elemento pasional de la comunicación, del encuentro, donde todo posible amarre que fije al sujeto queda matizado. El texto parece ser el lugar de encuentro de cruce, de mezclas, de experimentos, de la cromática que va del sujeto seguro de sí hacia el sujeto caído, en deflación. Esas posibilidades del texto permiten afirmar las del sujeto que, dirá Barthes, “goza simultáneamente de la consistencia de su yo (es su placer) y de la búsqueda de su pérdida (es su goce). Es un sujeto dos veces escindido, dos veces perverso” (2008: 27).

*El placer del texto* hace foco en la discontinuidad de los accidentes significantes, en la producción incesante de goce. Así, Barthes vuelve a la imposibilidad de cerrar las relaciones estructuralistas entre significado y significante. Ensimismado en la línea que los separa, Barthes asiste a la presencia gratuita de los significantes, su materialidad vacía y voluptuosa. Pero, ese teatro no puede ser otro que el de la cultura, los sentidos, la comunicación legible de las representaciones. La oposición no es, aquí, la destrucción de lo otro; sino, más bien, una relación de necesidad. La impertinencia del significante que se levanta como lo discontinuo requiere una positividad que la soporte. Lo obtuso necesita la obvedad de la doxa; el goce, el placer; y el sexo, la educación. Es en lo general donde emergen las singularidades.

Con ese indecible juego de opuestos, Barthes nos muestra, otra vez, una falla. La educación sexual no es, no podrá ser, un todo íntegro, unario, homogéneo, inmovible. La educación y la sexualidad vuelven palpables los límites blandos de una grieta. Esa es nuestra materia. Allí, en ese terreno imprevisible y con esos materiales no isotrópicos, se producen nuestros cuerpos sexuados

y deseantes. Barthes no nos deja instrucciones, recetas, sino una advertencia que produce miedo. Trabajar allí, en los intersticios, entre el placer y el goce, entre el placer del apacible conocimiento y el miedo desgarrador, indecible, indigno, que lo atraviesa, que habita nuestras vidas, que puebla, también, nuestras aulas.

## Bibliografía

- Barthes, Roland, (1986) *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona, Paidós.
- , (1997) *Sade, Fourier, Loyola*. Madrid. Cátedra.
- , (2004) *Lo neutro*. México, Siglo XXI.
- , (2005). *El grano de la voz*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- , (2008) *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- , (2009) *La cámara lúcida*. Buenos Aires, Paidós.
- Bombini, Gustavo, (1996) “Didáctica de la literatura y teoría: apuntes sobre la historia de una deuda” en *Orbis Tertius-2-3* 1, pp. 211-218.
- Britzman, Deborah, (2000) “Curiosidade, sexualidade e currículo” en *O corpo educado: Pedagogias da sexualidade*. Lopes Louro, Guacira (coord.) Belo Horizonte, Autêntica.
- Butler, Judith, (2001) *El género en disputa*. México, Paidós.
- , (2002) *Cuerpos que importan*. Buenos Aires, Paidós.
- Díaz Súnico, Mora, (2005) “El concepto de placer en la lectura” en *Educación, lenguaje y sociedad*, 3, pp. 21-32.
- Foucault, Michel, (2003) *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- , (2003) *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Jameson, Fredric, (1988) “Pleasure: A political issue” en *The ideologies of theory. Essays 1971-1986*. Vol. 2. Minnesota, Routledge.

**Recibido:** 13/05/13

**Dictaminado:** 19/06/13

**Corrección:** 19/06/13

**Aceptado:** 19/06/13